



Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 124 – 26 de abril de 2016

En este número

1. **¿De nuevo las dos Españas?**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Retorno al paraíso**, *Manuel Parra Celaya*
3. **Valle de los Caídos**, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. **Pieles finas**, *Carlos Herrera*
5. **Nuestro título «América latina» discutido por...**, *Ramón Menéndez Pidal*
6. **Europa es una identidad: la civilización europea y cristiana**, *Institut Iliade*
7. **Demasiado amor**, *Jesús Laínz*
8. **Multiculturalismo, islam y terrorismo**, *Carlos Rontomé*

¿De nuevo las dos España?

Emilio Álvarez Frías

Qué aburrimiento. Siempre con las mismas cosas. Al parecer va con nosotros. Los españoles debemos llevar muy dentro esto de sacar a relucir enseguida el mito de las dos Españas. Los hay que lo mantiene por encima de cualquier otra opinión; y otros aseguran que es un leyenda sin base. Probablemente lo que sucede es que somos muy dados a construir, por un quitame esas pajas, un muro entre unos y otros para defender los respectivos puntos de vista, nuestras ideas, nuestras creencias en materia religiosa, nuestros gustos en materias dispares: en literatura, en arte, en cuál es el mejor equipo de fútbol, ... Este no estar de acuerdo con el de al lado es el que nos mete en constantes diatribas, en discusiones sin fin, en encuentros físicos, llegando, a veces, al odio, la enemistad, la envidia.

Y ahora debemos estar en un apogeo en cuanto a deseos de separarnos los unos de los otros, ya que son abismales las diferencias que se producen entre los diferentes grupos políticos que campean por el lienzo en el que se celebra la justa para alcanzar la presidencia del Gobierno. Grupos capitaneados por personas que ansían el puesto con el fin de originar cambio y progreso en el país. Eso es lo que dicen, aunque no aclaran cómo lo van a conseguir, qué cambios van a introducir para el mejoramiento de la vida de los españoles, cuál es el progreso al que desean llegar. Porque todas estas palabras son vanas si no hay un proyecto claro y contundente, a prueba de todo análisis.

Y esa aparente quiebra de España por la falta de entendimiento no es otra cosa que el ansia de poder que se aprecia en los diferentes adalides. Si ello fuera realmente para mejorar los andares de España, miel sobre hojuelas, pero no está nada claro que el interés de esos personajes vaya por esos caminos. Más bien la intención de los pretendientes de la izquierda es para implantar



en España un régimen dictatorial de control de vidas y haciendas como se deduce de lo que se les escapa cuando se descontrolan ante quienes les muestran no estar de acuerdo con sus planteamientos. Así, el pretendiente del PSOE, al parecer desea llevar el progresismo por el camino que iniciara el zapaterismo, que tantas lacras ha dejado en el entramado de la sociedad española, volviéndola a tiempos pasados y casi olvidados hasta el momento en el que el nefasto individuo sacó de la tumba al abuelo con unos envoltorios que no eran los mismos con los que llegó a ella; por otro lado la caterva de Podemos, nacida en las acampadas callejeras, el ejercicio de okupas de edificios, fomentada en las aulas universitarias por iluminados profesores de doctrinas políticas caducas, fuera de uso y desprestigiadas, intenta llevar las cosas del estado mediante las ocurrencias de cada día como vemos en los lugares donde han accedido, más la toma de los organismos fundamentales de control para el dominio de la sociedad e implantar una dictadura férrea al estilo de la bolivariana por no decir de la estalinista que cae más lejos.

Esas son las dos Españas de hoy, con la colaboración permanente de los separatistas. Dos Españas que dan bandazos de un lado para el contrario, y vuelta al anterior. Lo que nos indica que es una misma España vapuleada por los elementos emergentes que intentan revolucionar las estructuras y las mentes.



Si fuéramos conscientes de la realidad que estamos viviendo, nos pararíamos a meditar a dónde nos puede llevar el trabajo diario y sin estruendo de unos, y las revoleras destructivas y cambiantes de los otros. Sin que ello quiera decir que nos conformemos con lo que hagan los primeros, pues no han hecho bien todos sus deberes y se merecen un buen palmetazo, que la sociedad se lo debe dar para que espabilen.

Por nuestra parte, con la esperanza que dan los primeros soles gratificantes de la primavera, armados con un botijo de alfar de Jerez de la Frontera, al que excepcionalmente hemos dotado de un exquisito manzanilla, digno del que Próspero Merimée cita en la ópera Carmen, nos vamos a la «feria de abril de Barcelona», que, por su significado andaluz, no deja de ser un contrasentido, como lo son las reacciones de los españoles.

Retornos al paraíso

Manuel Parra Celaya

Desde que el hombre se vio obligado a ganarse al pan con el sudor de su frente, no ha cesado su nostalgia por el Edén perdido y, en consecuencia, de elucubrar la forma de volver a él. El *retorno al Paraíso* es una obsesión permanente de nuestra especie, y así lo plasmaron, en lo literario, desde Platón a Campanella o Tomás Moro, y, en lo político, desde los teóricos del Liberalismo hasta Carlos Marx.

En este momento concreto de la historia y en nuestros lares, la utopía del Edén recuperable parece corresponder a *Podemos* y, en la versión autonómica y exclusivista, a los insurgentes consentidos de esa *república catalana* que, como se han encargado de repetirnos constantemente, reportará felicidad sin límites a sus ciudadanos. Lástima que todos esos candorosos proyectos, desde el siglo XVIII por lo menos, suelen pasar por el uso de la guillotina o del *gulac*, o, como mínimo -nuevamente en su versión autonómica-, por las *listas negras* de quienes se vean obligados a detenerse en las puertas del Jardín por la presencia de un ángel fiscalizador de la *pureza* racial o lingüística.

No es extraño que, si volvemos a lo literario, que siempre es más grato, encontremos que los autores contemporáneos han sido más clarividentes y, con voz algo profética, nos han hecho ver

que las supuestas utopías de *retornos al Paraíso* desembocan, en realidad, en tragedias colectivas, en distopías.

Por otra parte y parafraseando al inolvidable Mario Moreno, hay quienes tratan de recuperar su Edén particular y escapar del castigo bíblico ganándose el pan *con el sudor del de enfrente*, y, en nuestro mundo globalizado, andan a la búsqueda de paraísos fiscales. No importa la lejanía o cercanía de estos, incluso a veces la proximidad puede ser una ventaja, como se ha comprobado en el caso de Andorra frente a las Bahamas, Luxemburgo, Panamá o Suiza; la prueba reside en la supuesta dificultad en localizar y encausar a unos y a otros, y no doy nombres por no entremeterme en ningún secreto de sumario o no repetirme en ningún secreto a voces...

Pero hay otras formas menos arriesgadas y legales de obtener una cuota de Paraíso, de manera que –retornemos a *Cantinflas*– el coste del pan y otros accesorios recaiga sobre el vecino, léase el ciudadano que trabaja o el que está cobrando el subsidio de desempleo, y una de ellas es introducirse en el mundo de los partidos políticos. En este caso, se trata de un retorno al Edén colectivo, si bien no se descarta que pueda, en algunos casos, redundar en beneficio privado. Al respecto, me entero por la prensa que, a los 40 millones subvencionados por el Estado por las últimas elecciones –esas que no sirvieron para nada–, deberán sumarse 80 millones más para su



casi segura repetición en el mes de junio; algunos tienen otros métodos porque, también supuestamente, reciben multitud de *microcréditos* de sus fans o ayudas de procedencia foránea, eso sí, siempre de origen inequívocamente democrático.

Qué quieren que les diga: esas formas de buscar el Paraíso perdido me parecen una inmoralidad, tanto si son fiscales como si, a través de las subvenciones a los partidos, el dispendio a cargo

de las arcas públicas alcanza esos extremos millonarios; máxime, en este último caso, cuando está presente siempre el interrogante de si tales partidos representan verdaderamente al ciudadano y son útiles para la gobernabilidad.

Con respecto a la capacidad de evadir dineros en edenes lejanos o cercanos, cada vez que se desvela uno de estos escándalos, no faltan las voces que señalan, con toda razón, una evidente falta de patriotismo de sus actores –con excepción, otra vez, de algún caso concreto que se refiere al bello Principado andorrano–, pero, en cuanto a los partidos, parece ser norma habitual (o *de obligado cumplimiento*, según se mire) su aceptación como algo natural e imprescindible para el correcto funcionamiento de una democracia.

¿Es exacta y legítima la ecuación *partidos=democracia*? Esto nos llevaría muy lejos. Para ser más realistas, conformémonos con otra pregunta: ¿bastan los partidos, sin otros cauces, para asegurar que existe democracia? No es extraño que, en un texto ya clásico de la ciencia política, el régimen partidocrático fuera calificado como *el más ruinoso sistema de derroche de energías*. Ahora, a tenor de las informaciones recibidas, podríamos calificarlo, sin más, de *el más ruinoso sistema de derroche*, en todos los sentidos; siempre, claro, a costa de ese dinero del que alguien no muy ilustrado dijo que *al ser público, no es de nadie*. Y todo por la obsesión de buscarse el Paraíso perdido.

Valle de los Caídos

José M^a García de Tuñón Aza

Un entrañable amigo llamado José Antonio porque así quiso su querido padre, falangista él y a quien hace años conocí, me ha obsequiado con un libro dedicado a mí por su autor

Alberto Bárcena Pérez, que lleva por título *Los presos del Valle de los Caídos*. Es un estudio que se lee con facilidad y que desmonta muchas falsedades que sobre el Valle y su construcción han escritos otros autores llenos de odio por lo que representa. El mismo odio que un día mostró el peneuvista Iñaki Anasagasti, quien dijo que después de «sacar los restos allí enterrados» había que «volar» el Valle de los Caídos. Así de cernícalos han llegado a mostrarse algunos.

Casi al comienzo de la lectura me ha llamada la atención que un socialista histórico, Indalecio Prieto, fuera el pionero de los que piensan como Anasagasti. Fue en 1959 cuando uno de los mayores responsables de la Revolución del 34 –«me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario», llegó a decir–, se haya atrevido a escribir cosas como estas y que más tarde otros le fueron copiando, aunque todos se callan las consecuencias que trajo aquella Revolución que algunos, como Marañón, Ortega y Pío Baroja, aceptan que la guerra no empezó propiamente en 1936 sino en la Revolución de Asturias; lo dice en *La Resistencia silenciosa* Jordi Gracia que ha dedicado varios libros a la historia intelectual de España en el siglo XX. Además, como catedrático de literatura española en la Universidad de Barcelona, ejerce la crítica literaria y social en diversos periódicos. Más recientemente, según ha recogido la *Gaceta* en su número anterior, Sánchez Dragó acaba de decir que comenzó el 14 de abril de 1931, y lo cierto es que no anda muy descaminado.



Pero volvamos a lo que dejó escrito Indalecio Prieto: .

A poco de acercarse el Valle [...] comenzaron a llegar a Cuelgamuros partidas de hombres macilentos cuya condición de cautivos la revelaban los guardias civiles de su custodia. Procedían de todos los presidios de España [...] Seguramente los faraones no se valieron de esclavitud mayor para levantar las pirámides egipcias. Estos esclavos del siglo XX sabían que su trabajo –un trabajo bestial consistente en quebrar la piedra, acarrearla por el túnel y labrarla en el exterior–, era para glorificar a sus vencedores, con lo cual al extenuante agobio físico sumábanse grandes tormentos morales.

En 1940 llevó a muertos-vivos, sacándolos de presidio por la fuerza. ¿Llevarán 1959 muertos-vivos, sacándolos, también por la fuerza, de los cementerios? Los necesita para para llenar la cripta.

El texto, dice Alberto Bárcena, está lleno de inexactitudes cargadas de intención. Como eso de que los presos fueron llevados en 1940 cuando no llegaron hasta tres años después. En cuanto al resto de las apreciaciones de Prieto, el autor del libro, Alberto Bárcena, pregunta: «¿Tan mal informado estaba sobre la cuestión? ¿No sabía que aquellos *hombres macilentos* llegaban a Cuelgamuros porque se acogían a la redención de penas? ¿Creía realmente que fueron tantos los miles de presos según él arrastrados hasta aquel lugar? Cuesta creerlo. Pero lo publicó, y desde entonces se han repetido las mismas mentiras cientos de veces».

Es el arma letal que siempre ha manejado, y sigue manejando, esta gente. Pero Indalecio Prieto olvida contar cuando, después de la Revolución de Asturias, donde había estado esperando el barco *Turquesa* que traía las armas para los revolucionarios, huyó a París escondido en el maletero de un coche según nos ha contado el militar aristócrata y comunista Ignacio Hidalgo de Cisneros en *Cambio de rumbo*. Cuando Largo Caballero se enteró, escribió en *Escritos de la República*: «Es curioso, este hombre tan difícil de camuflar que se escurra con tanta facilidad y que nunca sea cogido por las autoridades».

El autor del libro, Alberto Bárcena Pérez, termina con estas palabras que dan mucho que pensar: «Concluyo repitiendo algo que ya he dicho alguna otra vez: al Valle de los Caídos lo salvará Dios, si esa es su voluntad, o no lo salvará nadie». Dicho queda.

Pieles finas

Carlos Herrera

Me sorprende que a Pablo Iglesias le sorprenda que los periodistas tengamos la piel tan fina. Eso ha afirmado, que los periodistas somos así, después de un pequeño plante al que se le ha sometido tras acusar a algún informador de parcial y de no sé qué más. En palabras de un comunista a sueldo de regímenes autoritarios –heredero, por tanto, de ideas letales contra la libertad–, señalar con nombre y apellidos a un informador, aunque sea con tono jocoso, no es augurio de futuro halagüeño. Cuando menos es inquietante. Cuando los sistemas políticos de los que proceden los Iglesias de turno advierten a alguien de conducta inadecuada, están advirtiendo del único escenario posible cuando ellos detentan el poder: el vasallaje. Más allá de ese paisaje difícilmente puede ejercerse la labor periodística en escenarios tales: pregunten en Cuba, sin ir más lejos, ese paraíso en el que unos octogenarios se acaban de atornillar al poder sin permitir un solo centímetro de renovación. Cierto es que esta España de hogaño no es terreno abonado para las ensoñaciones totalitarias ni para las normas restrictivas más allá de los toques de atención; es más, puede que Iglesias tenga derecho a quejarse de la forma de



abordar la información de aquellos que le siguen día a día, o de lo que escribimos en las columnas de opinión algunos juntaletas, pero el método del señalamiento público resulta indecoroso. Alguien de esa formación debería aconsejarles algo de contención. Ningún responsable político tiene por qué asomarse a una comparecencia con el temor a ser lanceado o tergiversado por informadores torticeros, que los hay; pero existen, a cambio, mecanismos directos para

aclarar declaraciones y corregir malinterpretaciones, que están al alcance de todos. Cualquiera que esté en este negocio lo sabe. Cuando los miembros de Podemos comparecen en entrevistas –radiofónicas, por ejemplo– son exquisitamente moderados en las formas, aunque su mensaje sea indigerible: aguantan bien que se les apriete o se les señalen incongruencias; contestan con toda suavidad y un máximo de cinismo. Resultan irreprochables. Si no les gusta el tratamiento o tu carácter incisivo no te vuelve a atender y sanseacabó. Por eso les desaconsejo estos tics que revelan un demonio dormido y agazapado en algún pliegue del disimulo.

Lo mismo ocurre cuando vocean en horas libres. La portavoz del Ayuntamiento de Madrid, Rita Maestre, la condenada asaltacapillas, también considera que la presidenta de la Comunidad de Madrid, Cristina Cifuentes, tiene la piel muy fina. Total, simplemente dijo que su misión como delegada del Gobierno era «pegar a la gente». Cifuentes anuncia acciones jurídicas. Maestre considera, en un alarde de contaminación mental, que el escrache violento que sufrió la delegada estaba justificado, y el que sufrió su compañero Barrero por parte de policías municipales, no. Cifuentes se refugió en un bar, y a Barrero le vino a buscar un coche oficial. Si miembros de esta formación se comportan con la insolencia equitativa, desahogo sectario y desequilibrio interpretativo de la realidad con que lo hace esta simple, habrá que colegir que ambas acusaciones de «piel fría» esconden en el interior lo que se intuye desde el exterior: no estamos ante correosos defensores de la libertad de expresión, sino ante retorcidos ejemplares del matonismo político. Cuidan su aparición pública, pero liberan –para después justificar– a los encendidos soldados de la presión mediática y social dejando siempre un mensaje en el aire

para quien sepa entenderlo: los okupas son admirables, y los policías execrables. Y los periodistas, según.

Rita Maestre, que sabe lo cierto de aquella afirmación estalinista que aseguraba que «la mentira es una magnífica arma revolucionaria», se enfrente, si Cifuentes persevera, a una posible condena que se sumaría a la ya impuesta. Antecedentes y tal. Yo rectificaría.

Tomado de *ABC*

Nuestro título «América Latina» discutido por el Sr. Menéndez Pidal

Madrid. 2 de enero de 1918

Sr. D. Félix Lorenzo.

Mi distinguido amigo: Voy a molestarle con una pequeñez. Hace tiempo veo que el neologismo extranjero América latina va cundiendo entre nosotros; al fin, todo lo que procede de países de más cultura es siempre pegadizo, sea bueno o malo: pero ahora el hallar ese nombre lanzado diariamente a la circulación en un periódico como *El Sol*, me mueve a oponerle algún reparo, reparo que dirijo a usted, rogándole haga suyo mi interés si lo cree razonable.

La causa de preferir tal neologismo al nombre antiguo es el creer que bajo ese título viejo, América española, no puede comprenderse el Brasil, de habla portuguesa. Esa es la razón que da en 1914 James Bryce (en su obra sobre la América meridional), para proponer el neologismo, y conviene advertir que él lo acepta con tibieza, ya que usa promiscuamente los nombres de América latina y América española, y siempre que trata de oponer a los caracteres «angloamericanos», los del resto de América, usa el tradicional adjetivo «hispanoamericanos». Fuera del Brasil no hay otra dificultad; pues no creo que pueda tomarse en cuenta el elemento francés de Haití. Invocar la mitad de la isla «Española» por antonomasia para impugnar el nombre tradicional de América española, tanto valdría como impugnar el adjetivo latina en vista de los elementos holandeses o daneses de la América antillana y meridional, o impugnar el nombre de América inglesa pensando en el elemento francés del Canadá.

Volviendo a la dificultad del Brasil, me parece que se desvanece considerando que el nombre «España» tuvo siempre en nuestra lengua el sentido amplio del latín Hispania, desde que en la *Crónica de España* de Alfonso el Sabio se incluyó la historia de Portugal, hasta hoy. Así se usa entre nosotros el nombre de Península Española al lado del de Península Ibérica, y reconociendo la misma extensión del nombre, los franceses dicen también «Péninsule hispanique». Otro ejemplo muy pertinente citaré. En 1904 se funda en Nueva York una sociedad que, según sus estatutos, tiene por objeto el *Advancement of the study of the Spanish and "Portuguese" languages, literature and history*; pues bien, esta sociedad no toma otro título que el de *Hispanic Society of América*, reconociendo que el título hispánico abarca el elemento portugués lo mismo que el castellano y el catalán, y en efecto, cumpliendo con sus estatutos y su título, la *Hispanic Society* ha publicado espléndidamente *Os Luisiadas* y el *Cancionero de Resende*, al lado del *Poema del Cid*, el *Quijote* y *Tirant lo Blanch*.

Si pues, para propios y extraños el nombre de España representa en su sentido lato esa vieja unidad cuadripartita, que errores de intelectualidad y de política no aciertan a mantener en su



debida cohesión, no veo obstáculo para que bajo el nombre de América española se comprenda, al lado de las 18 Repúblicas americanas nacidas en los territorios colonizados por Castilla, la república nacida en tierra de colonización portuguesa.

Claro que el adjetivo español tiene también un sentido restringido, opuesto a portugués, pero el que quiera huir de la posible ambigüedad de ese adjetivo, puede adoptar la forma hispánico o hispano, que, por ser eruditas y latinas, indican mejor que se toman en sentido lato, para calificar a todo lo que procede de la Hispania en su conjunto, tal como únicamente la concebían los romanos. América hispana me parece irreprochable, y tiene, además, la ventaja de corresponderse con el sustantivo compuesto Hispanoamérica, que tanto usan los americanos.

En fin, el que no guste ninguno de estos nombres, todavía tiene a su disposición el de América ibera con el tan usual adjetivo Iberoamericano.

Pero ninguno de estos nombres basta, desde que hacia 1910 empezó a generalizarse, principalmente por Francia y los Estados Unidos, la denominación de América latina. La propiedad de tal nombre me parece muy dudosa. El adjetivo latino, aplicado a las naciones que heredaron la lengua del Lacio está perfectamente en su puesto; pero como en este sentido no envuelve ningún concepto de raza, sino sólo de idioma, me parece del todo desmesurado el extender su significado hasta aplicarlo a naciones que recibieron su lengua, no del Lacio, sino de la Península hispánica, de Castilla y de Portugal. Esas naciones americanas no heredaron la lengua latina, como la heredaron España, Francia e Italia de su colonización romana, sino que recibieron lenguas hispánicas, lengua castellana y portuguesa, y éstas, para adjetivarlas aludiendo a sus orígenes, se llaman comúnmente neolatinas y no latinas.



Y no ya impropio, sino inadmisibles es el nombre de América latina, tomado, como por lo general se hace, en el concepto de raza. Si nadie cree en la raza latina de España, ¿qué habrá que decir de la latinidad de raza en esas repúblicas donde sobre los elementos indios se acumularon elementos españoles, a veces predominantemente vascos, es decir, procedentes de un pueblo que no ya por su raza, sino que ni por su lengua tiene el menor aspecto de latinismo? Con cuánta razón protestan algunos escritores hispanoamericanos contra «el error perjudicialísimo de creernos latinos y de raza latina», como declama el autor del divulgado libro sobre la Raza chilena, y con cuánta razón y fortuna el eminente propugnador de los sentimientos hispánicos J. C. Cebrián, combatió también el neologismo de

que tratamos.

En suma, el nombre de América latina, tómesese como se quiera, desconoce la parte exclusiva que tiene la Península española en la creación de la América, desde Méjico a la Patagonia, y niega la parte importante que en esa empresa corresponde a un pueblo como la Vasconia, que ni racial ni lingüísticamente tiene nada que ver con el Lacio.

Pase que en el extranjero (sea por inconsideración a nuestro nombre, sea por otorgar una parte ideal en ese nuevo mundo a otras naciones llamadas latinas), se inventa el flamante título de América latina, para designar la porción de América descubierta y colonizada por las razas hispánicas; pero no somos ciertamente los españoles los llamados a recoger con precipitación este neologismo. Enamorarnos de él y propagarlo es contribuir a propagar una denominación falsa, y a borrar nuestro nombre de medio mundo, adonde lo llevaron las generaciones pasadas sacrificando mucha de su carne y de su sangre en la colosal empresa.

Si ve usted mis reparos favorables, ¿querría usted interesarse para que en uno de los epígrafes

de *El Sol*, se restaure cualquiera de los adjetivos que, aplicado a la América colonizada por razas hispánicas, representase la verdad y la justicia históricas, así como la propiedad del vocablo? Fuera de ese epígrafe aludido, el mismo diario prefiere, como es natural, las denominaciones más exactas, al tratar, según a menudo lo hace con elevadas miras, temas americanos en sus columnas.

Bien veo que los momentos son para pensar en cosas mucho más graves que las de simple denominación; pero el asunto a que me refiero, bien mirado, no deja de tener una positiva importancia ideológica.

Por esto, perdone tan larga misiva a su amigo y más atento seguro servidor.

R. Menéndez Pidal

Tomado del diario *El Sol*

Europa es una identidad: la civilización europea y cristiana

Institut Iliade

Bajo el título «Ni Lampedusa ni Bruselas: ser europeo», el Institut Iliade, fundado en París en 2013 para dar cumplimiento a los deseos de Dominique Venner en el momento de sacrificarse en la catedral de Notre-Dame, lanzaba el pasado mes de junio un vídeo que es una abierta y firme defensa de nuestra identidad europea.

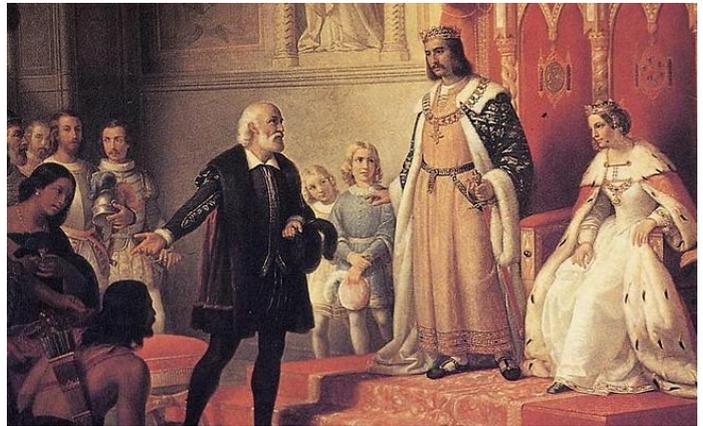
Una identidad tan socavada por lo que representa el tinglado burocrático de Bruselas como por la inmersión bajo el alud inmigratorio que encarna la isla italiana de Lampedusa. Medio año después de dicho lanzamiento, el vídeo superaba, en su versión francesa, las dos millones de visualizaciones. A raíz de semejante éxito, el Institut Iliade ha emprendido una gran tarea de difusión de la película en las principales lenguas europeas.

Esta es la versión en español.

- Europa no es Lampedusa. ¡Es nuestra civilización!
- Europa no es la organización de Bruselas, y tampoco una moneda o un banco central.
- Europa no es un espacio mundializado y sin fronteras.
- Europa no es el mundo africano. Tampoco es tierra islámica.
- Europa no es ni la fealdad ni el no-arte.
- Europa es el continente de los europeos.
- Europa son milenarios de historia: 700 millones de europeos.
- Europa es una identidad: la civilización europea y cristiana.
- Europa son los templos griegos, los acueductos y teatros romanos, las capillas románicas, las catedrales góticas, los palacios renacentistas, las plazas mayores, los conventos, las iglesias barrocas, los castillos clásicos, los edificios modernistas.
- Europa son salvajes acantilados, majestuosas montañas, apacibles ríos. Europa es el sentimiento de la naturaleza. Europa son paisajes ajardinados por el hombre: desde los bosques hasta los pólders, desde los prados hasta los cultivos en terrazas.
- Europa es la tierra del manzano y del olivo, de la viña y de la cebada.



- Europa no es el universo de la comida basura: es la gastronomía del aceite y de la mantequilla, del vino y de la cerveza, del queso y del pan, del salchichón y del jamón.
- Europa no es el mundo de la abstracción: es el arte de la representación, de Praxíteles a Rodin, de los frescos de Pompeya a la Secesión de Viena. Europa es el imaginario celta y el misterio cristiano. Europa es la civilización que transforma la piedra en encaje.
- Europa es el rechazo del aturdimiento: es la cultura que ha inventado el canto polifónico y la orquesta sinfónica.
- Europa no es el mundo de Belfegor: es la civilización que honra a la mujer, diosa, madre o guerrera. Europa es la cultura de la caballería y del amor cortés.
- Europa no es el mundo del control, es la patria de la libertad: la ciudadanía griega, el foro romano, la Gran Carta inglesa de 1215, las ciudades y las universidades libres del Medioevo, el despertar de los pueblos en el siglo XIX.
- Europa es un patrimonio literario y mitológico: Homero, Virgilio, Hesiodo, los Eddas, el Cantar de los Nibelungos y el ciclo artúrico. Es también Shakespeare, Cervantes y Grimm.
- Europa es el espíritu de invención y de conquista: es Leonardo da Vinci y Gutenberg; son las carabelas, las mongolfieras, los inicios de la aviación y Ariane; son los puentes colgantes sobre los mares.
- Europa son los héroes que la han defendido a lo largo de los siglos: es Leónidas y sus 300 espartanos que salvan a Grecia contra Asia; es Escipión el Africano que salva a Roma de Cartago; es don Pelayo que emprende la Reconquista; es Godofroy de Bouillon que libera Tierra Santa y funda el reino franco de Jerusalén; son Fernando de Aragón e Isabel de Castilla que liberan Granada; es Iván el Terrible que aleja a los mongoles de la santa Rusia; es don Juan de Austria que vence a los turcos en Lepanto.
- Europa son lugares emblemáticos: el Partenón, la Plaza de San Marcos, San Pedro de Roma, la Torre de Belém, Santiago de Compostela, el Monte Saint-Michel, la Torre de Londres, la Puerta de Brandeburgo, las torres del Kremlin.



¡Tal es nuestra civilización!

Hoy Europa es el hombre enfermo del mundo. Está culpabilizada, colonizada, debilitada. Pero no es ni fatal ni duradero. ¡Basta de arrepentimientos! ¡Afirmemos nuestra larga memoria! Escuchemos el mensaje de esperanza lanzado por Dominique Venner:

«Creo en las cualidades específicas de los europeos, que están provisionalmente adormecidos. Creo en el poderío de su individualidad, en su inventiva y en el despertar de su energía. El despertar vendrá. ¿Cuándo? No lo sé, pero no dudo de que ese despertar llegará».

Tomado de latribunadelpaisvasco.com

Demasiado amor

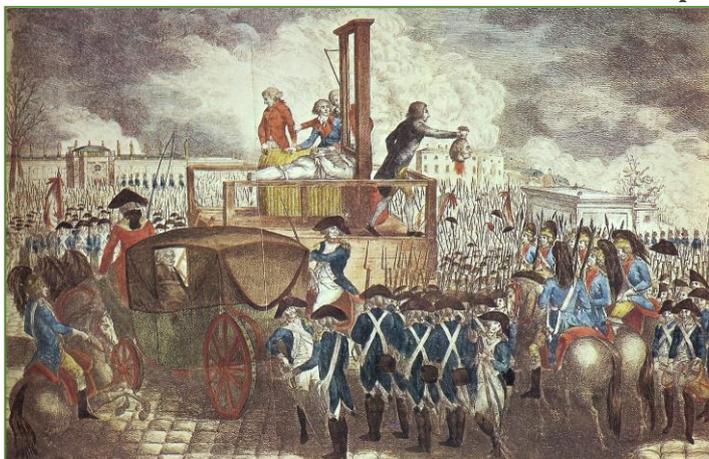
Jesús Laínz

Anatole France, que no se caracterizó precisamente por pecar de reaccionario, advirtió hace un siglo sobre esos peligrosísimos optimistas antropológicos que inspiran su acción política, de corazón o de palabra, en la bondad. O en su particular interpretación de la bondad, lo

que suele ser más peliagudo. «Robespierre era un optimista, confiado en la virtud –señaló France–. Los políticos de su temple hacen todo el daño posible. La locura de la Revolución consistió en querer instituir la virtud sobre la Tierra. Cuando se quiere que los hombres sean buenos y sabios, libres, moderados y generosos, se llega fatalmente a querer matarlos a todos».

Efectivamente, el bueno de Robespierre, el virtuoso de Robespierre, tan virtuoso que le gustaba ser conocido como L'incorruptible, declaró que «el gobierno revolucionario se fundamenta en la virtud y el terror», ya que –y es de suponer que al acuñar tan estupenda frase levitaría de satisfacción– se trataba del «despotismo de la libertad». Con la envidiable coartada de tan liberal despotismo no es de extrañar que afirmase sin rebozo que «la república consiste en la destrucción de todo lo que se le oponga».

Su camarada Carrier abundó en la idea al resumir así sus proyectos de regeneración del insuficientemente virtuoso pueblo francés: «O Francia se regenera a nuestra manera o la convertiremos en un cementerio». Fue hombre de palabra, vive Dios: el fondo del Loira atestigua su eficacia.



Pero el que quizá se llevó la palma de la bondad y del amor al pueblo fue Jean-Paul Marat, no por casualidad apodado *L'ami du peuple*, como el periódico del que fue director. Tras su muerte fue objeto de funerales oficiales, en los que se recordó que, «como Jesús, Marat amó ardientemente al pueblo y nada más que a él». Efectivamente, tanto amó Marat al pueblo que, junto al Incorruptible, desató la orgía que anegó Francia en sangre durante aquellos modélicos años

revolucionarios. Y lo más divertido de todo ello es que la vocación totalitaria y la voluntad exterminadora de los revolucionarios jamás habría podido ser ni imaginada por el más absoluto de los reyes absolutos, tan humanos en comparación con sus libertarios, igualitarios y fraternos guillotinares.

Mi admirado y añorado George Orwell, que tanta falta nos haría en estos nuestros luminosos tiempos de globalización, atinó de manera casi sobrenatural al imaginar el Ingsoc, el Socialismo Inglés, ideología totalitaria dominadora de un mundo de pesadilla a través de cuatro ministerios: el de la Verdad, encargado de las noticias, los espectáculos y la educación; el de la Paz, a cargo de los asuntos de la guerra; el de la Abundancia, rector de los asuntos económicos; y, el que más nos interesa, el del Amor, encargado de mantener la ley y el orden. Efectivamente, como demostraron los revolucionarios franceses en la realidad y los socialistas ingleses en la ficción orwelliana, querer tanto al pueblo suele traer como consecuencia el deseo de controlar hasta el más pequeño de sus movimientos para que no se haga daño a sí mismo.

Por cierto, ¿serán lectores de Orwell los creadores –venezolanos, naturalmente– del Viceministerio para la Suprema Felicidad Social del Pueblo? Porque si no lo son, merecerían serlo.

Esta insaciable ansia de bondad, virtud y felicidad traspasa países y épocas, realidades y ficciones, para impregnar el ideario de cualquier partido izquierdista. Por ejemplo, en uno de los primeros libros editados por el PSOE tras la muerte de Franco se proclamaba con énfasis, ya desde la portada, que el objetivo del PSOE era «la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes». Sólo les faltó añadir «y guapos».

Pero como todo es empeorable, ahí está ese pluscuamcursi texto de Pablo Iglesias presumiendo de la «belleza de nuestro proyecto político» y del amor que se les nota a los dirigentes de

Podemos cuando se muestran juntos en un escenario («Se nota que os queréis. El cuerpo no miente. A nosotros ya no nos pasa», cuenta Iglesias que le dijo un viejo dirigente izquierdista), para concluir con la traca final de no despedirse con un saludo, sino «diciéndoos que os quiero».

Algo debe de haber en el aire, pues eso que llaman amor impregna crecientemente todos los ámbitos del mundo de la política. Un ejemplo regional: hace unos días el charlamiento cántabro organizó un acto institucional denominado Los políticos y la Felicidad (así, con mayúscula) en el contexto de algo llamado IV Jornadas de la Felicidad. La mamarrachada consistió en desplegar carteles con lemas tan mimosos como «Eres un amor... o mejor... eres amor», «Vivir sin amar... es sólo existir» y «Es sencillo ser feliz... lo difícil es ser sencillo». Algún charlamentario reconoció que, para preparar sus discursos, «todos hemos buscado en internet para saber qué decir». El esfuerzo no fue vano: «La felicidad no es lo que tengo, es lo que soy» fue una de las inspiradas sentencias que emanaron de la tribuna. La representante de Podemos aprovechó para barrer para casa afirmando que su partido es «una máquina de amor» (Ra-Ra-Rasputín, Russia's greatest love machine). Según parece, la cosa concluyó con la petición por los organizadores de que cada uno de los allí presentes se abrazara con un desconocido.

Sorprende que no se les caiga la cara de vergüenza por dedicarse a hacer el payaso de esta manera. No deben de tenerla. Además, los políticos no están ni para amarse entre sí ni para amar al pueblo. ¡Qué hipocresía! Su obligación es el servicio a los ciudadanos, así como la eficacia y la honradez en el desempeño de su trabajo.



No el amor. Porque el amor es eso que cada persona tiene por sus seres queridos. Cualquier otra reivindicación de amor es mentira. Y mentira es la palabra más suave que podría decirse.

Si las indecentes medidas que muchos de los gobernantes de años pasados tomaron en relación con el problema terrorista hicieron que la política española oliera a chamusquina; si la corrupción generalizada, que ha conseguido que los políticos se apelonen en los banquillos de los acusados, ha añadido un intenso olor a alcantarilla; tanta belleza, tanta bondad, tantos os quiero, tantos besos, tantos abrazos, tanto amor y tanta felicidad han conseguido que España empiece a oler a burdel.

Tomado de *Libertaddigital*

Multiculturalismo, islam y terrorismo

Carlos Rontomé

Los recientes atentados perpetrados por islamistas radicales han desatado un sinfín de declaraciones, análisis y posicionamientos, singularmente por parte de las elites políticas, encaminados a mostrar por un lado, una actitud firme frente al terror y por otro, huir de las generalizaciones que pudieran desembocar en la tan temida islamofobia. De todo este conjunto de declaraciones, una de la más llamativa ha sido la del máximo responsable de la ONU para los derechos humanos que ha asegurado que ni el islam ni el multiculturalismo deben ser culpados del ataque. El alto funcionario para los derechos humanos no ha aclarado en que basa esas afirmaciones pero lo paradójico del personaje y de sus afirmaciones es que se trata de un representante del gobierno de Jordania, un país donde derechos como el de asociación o reunión están fuertemente restringidos, donde persisten desigualdades jurídicas en el trato a las mujeres, discriminaciones legales a las minorías y a los homosexuales así como carencias en la regulación de derechos de la infancia como el del trabajo infantil. Y es que esta es una de las

paradojas de organismos como la ONU, donde la mayoría de los estados miembros no son democracias plenas pero eligen representantes para velar por derechos que sus propios estados no contemplan en sus ordenamientos.

Acercarse a una realidad social exige un ejercicio de autocrítica que limite en lo posible los prejuicios propios de nuestra particular condición y vivencia (o conveniencia). Se trata de seguir la máxima de Durkheim: estudia los hechos sociales como si fueran cosas. En este caso resulta evidente que el representante del alto organismo está preocupado por un cambio en la situación del islam dentro de occidente. A fin de cuentas, a las poblaciones musulmanas les ha ido bien en los últimos decenios: mientras que las sociedades occidentales han elaborado fórmulas para acomodar a las minorías, en los estados islámicos o de mayoría islámica, continúan regidos por normas que marginan o excluyen (cuando no persiguen) a las minorías no islámicas. Esto explicaría la preocupación del dignatario jordano por descargar al multiculturalismo de culpas.



El multiculturalismo es una ideología que nació en los años 70-80 en el seno de la izquierda neomarxista que pretendía sustituir la lucha de clases por el conflicto entre las mayorías societales y las minorías. Se fue introduciendo en las políticas públicas de buena parte de los estados occidentales bajo la apariencia «buenista» de pretender el encaje de las minorías en nuestras sociedades aunque el objetivo latente era socavar la fortaleza de las democracias occidentales tras el decaimiento y final derrota de los modelos de socialismo real. El ideario multiculturalista alimentaba el sentimiento de culpa de las sociedades occidentales respecto de su pasado reciente, especialmente en lo referente al pasado colonial en el caso de los europeos y del imperialismo y la discriminación racial en el caso de los norteamericanos. De esta forma el problema y la responsabilidad del encaje se trasladaban de las minorías al sistema. El sistema, es decir la democracia liberal, era pues la responsable de esta dificultad de integración y las minorías sus víctimas. El resultado de estas políticas ha sido el debilitamiento de nuestro modelo político y social mediante su desprestigio. ¿Cómo convencer a un muchacho perteneciente a una minoría que nuestro sistema es el idóneo, cuando a la vez este sistema reconoce su incapacidad diseñando políticas específicas para las minorías, siempre victimizadas? Y para el caso de los jóvenes radicalizados, ¿cómo no dejarse atraer por unas ideas religiosas que le ofrecen un lugar claro y solido en el mundo, una identidad y un sentido de superioridad frente a un modelo siempre cuestionado por los propios occidentales?

Las políticas multiculturalistas pueden no ser las responsables directas de lo sucedido pero sí han demostrado su fracaso, algo que tras años de evidencia han comenzado a reconocer algunos líderes como Ángela Merkel, Nicolás Sarkozy o David Cameron. Porque las acciones terroristas del islamismo radical son la punta de iceberg de un problema de mayor envergadura: el del crecimiento de la radicalización islamista. Una radicalización religiosa que no han podido evitar las políticas multiculturalistas ajenas al hecho de que gran parte de las poblaciones islámicas asentadas en occidente abrazan las herramientas de la modernidad pero no sus valores. Y es que uno de los errores del multiculturalismo ha sido el de no diferenciar entre los diversos tipos de minorías como si todas fueran iguales, como si todas tuvieran los mismo problemas de encaje, cuando en la práctica ha sido la minoría islámica la que ha mostrado las mayores dificultades. El otro gran error ha sido el de observar la religión islámica desde una perspectiva secular que impide comprender su verdadera sustancia.

Todavía hay políticos y medios de comunicación que llevados por la corrección política aseguran que el terrorismo islámico no tiene nada que ver con el islam, opinando sobre la esencia de esta fe como improbables expertos teólogos. Podríamos afirmar que se trata de una interpretación desviada del islam pero no que no tenga nada que ver con la religión islámica. Si acudimos a la comparación con una realidad violenta que hemos padecido y conocemos bien, el terrorismo

vasco, podríamos decir que este tiene su raíz en la interpretación xenófoba y radical del nacionalismo vasco, podríamos también decir que es una interpretación equivocada, pero no que no tiene nada que ver con la reivindicación identitaria vasca y con el proceso de cosificación de aquellos que no cumplen los estándares étnicos (los famosos ocho apellidos) o la aceptación de la superioridad vasca. Y al igual que el nacionalismo vasco («religión política» según la definición de Antonio Elorza) tiene como enemigos a los españoles en primer lugar y a los no nacionalistas en segundo, en el terrorismo islamista los enemigos son los infieles y los no adeptos (los no radicalizados). Tampoco debemos olvidar que para que un movimiento violento subsista debe poseer una base social que lo apoye de forma directa o indirecta (por medio de la justificación o la indiferencia).

Las dificultades de encaje de las minorías islámicas en las sociedades occidentales no suponen la imposibilidad de una convivencia pacífica (de hecho la mayor parte de los musulmanes europeos conviven o coexisten con sus conciudadanos) pero debemos ser conscientes de que estas dificultades existen y que en parte surgen por el carácter totalizador del islam así como por las grandes diferencias en la práctica e importancia de la religión para sus fieles. Mientras que la religión sigue constituyendo un elemento fundamental en la vida de los musulmanes, los cristianos se encuentran inmersos en un fuerte proceso de secularización (la tercera oleada a la que se refiere Pérez-Agote) para los que la religión constituye algo secundario e incluso residual. Una dinámica que queda patente en el impulso de las administraciones españolas y de algunos grupos de presión por reducir la presencia de la religión católica en el ámbito escolar a la vez que se impulsa la enseñanza de la religión islámica en la educación primaria. Si no tenemos en cuenta estas grandes diferencias, si persistimos en observar al islam desde nuestro enfoque secular, no llegaremos a entender porqué esta religión está retornando a las esencias, porqué se está radicalizando en un movimiento de alcance global que busca la eliminación de cualquier corriente moderada o no sumisa a las versiones más extremas del islam (días después de la matanza de París, los islamistas de Boko Haram asesinaron a 2.000 personas en Nigeria) y porqué también se produce esta radicalización en el seno de nuestras sociedades, en unas poblaciones islámicas a las que considerábamos a salvo de este proceso gracias al supuesto bálsamo del bienestar económico y social.



Así que cuando queramos conocer y comprender por qué jóvenes nacidos y socializados en nuestras sociedades europeas se radicalizan, se convierten en combatientes y marchan a países que les son ajenos cultural y políticamente y acabar con la vida de otras personas con las que jamás han tenido relación para posteriormente retornar y asesinar a sus connacionales, deberíamos hacer un esfuerzo y aparcas los prejuicios y la perniciosa corrección política.

Tomado de *El Faro de Ceuta*

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.